

Y aunque quedé del sueño mal herido,
 Más que de él, ofendido
 De la verdad, con ceño
 Maldije la vigilia, alabé el sueño.
 Estas dichas soñaba
 En una misma noche, interrumpida
 Tres veces; y aunque el bien fingido era,
 Ansioso deseaba
 Que, ya que sólo el sueño fué mi vida,
 Mi vida un continuado sueño fuera.
 ¡Oh si siempre durmiera!
 Sólo el sueño me hiciera venturoso;
 Mas, pues vivir velando me es forzoso,
 Sufrir será preciso tus rigores;
 Y al ver que en tus amores
 Vanamente me empeño,
 Maldigo la vigilia, alabo el sueño.

HISTORIA DE DELIO.

A JOVINO.

Jovino, descendido
 De claros y altos reyes,
 Que del bárbaro yugo redimieron
 Al fiel pueblo oprimido,
 Y las sagradas leyes
 Juntas con el imperio defendieron,
 Y lejos lo extendieron;
 Jovino, nueva gloria
 Del cántabro animoso,
 Del romano orgulloso,
 Viejo enemigo de fatal memoria;
 A servir no avezado
 Y con tarda cadena domeñado;
 Jovino, gloria mía;
 Jovino, mi Jovino
 (Nombre en mi boca, cual la miel, sabroso),
 Si mi ofrenda tardía
 Te puede hallar benigna,
 Y el nombre de quien fué tan desidioso
 Aun no te es enojoso,
 Recibe su retrato
 (Del tuyo, ¡ay! ¡cuán distantes!),
 Que explica lo bastante
 De su origen, sus prendas y su trato,
 Y vida mal gastada,
 Con eternas lágrimas llorada.
 De los que en la ribera
 Del Duero con fatiga
 Rompen con corvo arado el duro suelo
 (Ocupación severa,
 Que la culpa enemiga
 Al hombre diera, con el llanto y duelo),
 De tales plugo al cielo
 Que fuese provenido
 Mi padre bienhadado,
 Civilmente empleado,
 De bienes y virtud abastecido;
 Tan dulce y bondadoso,
 Que en él tuvo Temisa digno esposo.
 Temisa, asombro raro
 De virtud y hermosura,
 Ninfa del Tórmes, aunque descendía
 En donde el Ebro claro
 Tiene su cuna pura
 Y nace voluntaria la hidalgua;
 Pero la Parca impla
 Con temprana tijera
 Cortó el hilo precioso;
 Y mientras el esposo
 Dió al cadáver la honra postrimera
 Con triste llanto y luto,
 El hijo lo miró con rostro enjuto.
 Así que, tierno niño
 Temisa me dejara
 Al cuidado del padre, en quien vivía
 De la esposa el cariño,
 Porque no me faltara
 Cuanto á la tierna edad se le debía.
 Y allí en la patria mía

Que los fuertes vectones
 Mirobriga llamaron,
 Los dioses me miraron
 Con piedad, y de sus sagrados dones
 Me dieron bien sin cuento,
 Pero más voluntad que entendimiento.
 Antes que el nuevo día
 De la razón rayase
 Sobre el ánimo incanto, ya Cupido
 Conquistado tenía
 El pecho, en que reinase
 Con más imperio que su madre en Gnido,
 Y yo, cruelmente herido,
 Al cielo alcé mi ruego,
 Bañado en largo llanto,
 Sin que diluvio tanto
 Pudiera amortiguar el dulce fuego
 Que la vista primera
 De la honesta Melisa en mi encendiera.
 La de los negros ojos,
 La de luengas pestañas,
 Sin par hermosa y á la par discreta;
 Causadora de enojos,
 De asaz duras entrañas,
 Que de amor no domó cruda saeta,
 A tal fiera sujeta
 El ánimo y rendida,
 Amaba ardentemente,
 Amaba tiernamente,
 Amaba sin templanza y sin medida;
 Amaba, en fin, de modo,
 Que aun ahora al recordarlo tiemblo todo.
 De tal fuego agitado,
 Sin que á Apolo debiera
 Númen ni inflamación, canté amoroso,
 Y á la sombra sentado
 En la fresca ribera
 Del Agueda Serrano cascajoso,
 Cantaba sin reposo,
 Y cantando juzgaba
 Conquistar la sirena,
 Que á triste llanto y pena,
 Sin cantar ni aun hablar, me condenaba.
 Y en tamaña tristura,
 De mi edad pasó toda la verdura,
 Mas vino un claro día,
 En que piadoso el cielo,
 Se dignó poner fin á mi locura;
 Y á la tierra venía
 Con dulce y raudo vuelo
 La comun hija llena de hermosura,
 La santa Témis pura,
 De mis daños cuidosa,
 Que cual nieto me amaba;
 Y junto adó yo estaba
 Se llegó, y con voz todopoderosa,
 Mirándome severa,
 Me comenzó á decir de esta manera:
 «¡Oh joven sin sentido!
 Cómo con torpe hecho
 Resistes los decretos celestiales?
 No te fué concedido
 El amoroso pecho
 Para centro de amores terrenales;
 Huye de tantos males;
 Mejor destino sigue;
 Ha errada vida enmienda,
 Y emprende la ardua senda
 Por do la gloria heroica se consigue.
 Sús, acógete, Delio,
 Al templo augusto del famoso Aurelio.»
 Dijo, y alzó su vuelo,
 Y mirándome afable,
 Volvióse al seno de do había salido;
 Dejando de consuelo,
 De gozo y paz durable
 Y santo amor el tierno pecho henchido,
 Y el fuego que Cupido
 Con imperio tirano
 Allí encendido había,
 Vuelto en ceniza fría.
 Y yo, atento al precepto soberano,

Al soñador divino del Oriente,
 La gente carpetana
 Te reciba triunfante
 Y doble la rodilla reverente,
 Tras el carro luciente
 Siguiendo irán gozosos
 Batilo, con Liseno,
 Delio, de gloria lleno,
 Conquista de tus versos poderosos;
 Pues ¡qué mejor destino
 Que ser los tres el triunfo de Jovino?

VISIONES DE DELIO.

CANCION (1).

Yo vi una fuentejilla
 De manantial tan lento y tan escaso,
 Que toda el agua pura que encerraba
 Pudiera reducilla
 Al recinto brevísimo de un vaso.
 Del pequeño arroyuelo que formaba,
 Por ver en qué paraba,
 El curso perezoso fui siguiendo,
 Y vi que sin cesar iba creciendo
 Con el socorro de agua pasajera,
 En tal forma y manera,
 Que cuando lo he intentado,
 Ya no pude pasar del otro lado.
 Siguiendo fui, curioso,
 Su margen, hasta ver qué fin tenía,
 Y vi que á corto trecho ya formaba
 Un río caudaloso,
 Y tal, que vadearse no podía;
 Más abajo los puentes dominaba,
 Y más allá llevaba
 Las naves sobre sí; más adelante,
 En caudales le vi tan abundante,
 Que al entregar al mar sus aguas bellas,
 En vez de dar con ellas
 El tributo debido,
 Juzgára que á afrentarle había venido.
 Yo vi una centellita
 Que por caso á mi puerta había caído,
 Y de su pequeñez no haciendo cuento,
 Fuíme á dormir sin cuenta;
 Y estando ya en el sueño sumergido,
 A deshoras, ¡ay cielos! sopla el viento,
 Y excita en un momento
 Tal incendio, que el humo me despierta;
 La llama se apodera de mi puerta,
 Y mis ajuares quema sin tardanza;
 Y yo sin esperanza,
 Confuso y chamuscado,
 Sólo pude salir por el tejado.
 Yo vi un vapor ligero,
 Que al impulso del sol se levantaba
 De la tierra, do apenas sombra hacía.
 No hice caso primero;
 Mas vi que por momentos se aumentaba,
 Y luego cubrió el cielo, robó el día,
 Y al suelo descendía
 En gruesos hilos de agua, que inundaron
 Mis campos, y las mieses me robaron;
 Y á mí, que en su socorro fui á la era,
 Me llevó la ribera,
 Do hubiera perecido,
 Si no me hubiese de una zarza asido.
 En fin, yo vi en mi pecho
 Nacer, Cádiz, tu amor, y fácil fuera
 En el principio haberlo contenido;
 Mas, poco satisfecho
 Con ver su origen, quise ver cuál era
 Su fin, y de mi daño no advertido,
 Hallo un río crecido,
 Que á toda libertad me corta el paso;
 Hallo un voraz incendio, en que me abraso;

(1) En el manuscrito enviado á Jovellanos por el MAESTRO GONZALEZ, que tenemos á la vista, hay dos estrofas que fueron suprimidas en la edición que hizo el padre Fernandez. De ellas reproducimos aquí una sola. La otra no lo merece.

De la diosa clemente
 El oráculo cumplo prestamente.
 ¡Oh! ¡si no se entibiára
 En el pecho mezquino
 El alto fuego de que fué inflamado!
 Quizá mi voz sonára
 En cántico divino,
 Sobre el Tabor ó el Gólgota sentado,
 Pero aunque á són sagrado
 De la cítara mía
 Las cuerdas arreglaba,
 Y á veces las mudaba,
 Amores solamente respondía;
 Y así, canté de amores,
 Sin sentir de Cupido los rigores.
 Ya el astro luminoso
 En la sañuda frente
 Del leon veinte veces ha tocado,
 Y el rústico oficioso
 Con acerado diente
 Otras tantas su seca mies cortado
 Desde que, recostado
 En sus vastos oteros,
 Me oyera el sabio Henares
 Amorosos cantares,
 Y celebrar los hijos de Cisneros
 En su más alta gloria.
 ¡Ay! ¡cuánto me atormenta esta memoria!
 Allí, aunque sin cuidado,
 Canté la donosura
 De Julia, Ninfa humilde del Henares,
 En quien Venus ha dado,
 Cifrándo la hermosura,
 Breve causa á larguísimo pesares,
 También en mis cantares,
 De otras mil ninfas bellas,
 Que aquel suelo habitaban,
 Los nombres resonaban;
 Pero la más loada en todas ellas
 Era la Gumersinda,
 Ninfa tan desgraciada como linda.
 Despues bajo otro cielo
 Canté de la divina
 Mirta la honestidad y la fe rara;
 Y así, por todo suelo
 Mi cítara mezquina
 Eternamente amores resonára,
 Si ayer no la arrojára
 Con ira de mi pecho
 Al Tórmes, que iba hinchado,
 Turbio y apresurado;
 Justamente movido á tanto hecho,
 De leer cuidadoso
 De Jovino el ensueño prodigioso.
 ¡Oh sueño peregrino!
 ¡Oh asombro lastimoso!
 ¡Oh verdad disfrazada sabiamente!
 ¡Oh soñador divino!
 ¡Oh Josef misterioso!
 Tú enseñas, tú reprehendes dulcemente;
 Tú poderosamente
 El sueño sacudiste,
 En que siempre yacieran,
 Y sin gloria murieran
 Batilo, con Liseno y Delio triste,
 Más sabes tú soñando
 Que todos tus amigos afanando.
 ¡Oh, si la muy ligera
 Rueda trajera el día
 Feliz en que los máximos honores
 El gran Jove te diera
 De nuestra monarquía,
 Nacido para cosas muy mayores!
 Entonces tus loores
 En verso numeroso
 Delio ledo cantára,
 Y al cielo levantára
 El nombre de Jovino, y el dichoso
 Día tan deseado.
 Fuera con blanca piedra señalado,
 Cuando con soberana
 Gloria, muy semejante

Hallo una tempestad, que me arrebató
Y de anegarme trata.
¡Ay! ¡Con cuánta inclemencia
El amor castigó mi negligencia!
Cancion, vé y dile á Mirta, de mi parte,
Que se digne siquiera de leerle,
Y si acaso acertáre á interpretarte,
Vuelve á decirme tan dichosa suerte.

AL RIO GUADALETE.

CANCION.

Guadalete gracioso,
Que en repetidos tornos dividido,
El curso has suspendido,
Que hasta Arcos seguías presuroso,
Y en la pereza con que de él te alejas,
Das á entender que dejas
Con repugnancia su terreno bruto,
Retardando al Océano el tributo.
Escucha de un ausente
Del gaditano suelo las razones
Que de tus detenciones
Y rodeos arguyen lo imprudente,
Bien cierto que si tú las contempláras,
El paso aceleráras,
Por lograr mejor aire, mejor suelo,
Mejor sol, mejor luna, mejor cielo.
¡Qué tiene este terreno,
Que pueda parecerte delicioso!
Es áspero, fragoso,
Desigual, peñascoso, nada ameno,
Que verle, al corazón cubre de luto;
Y ser terreno bruto
Tu repetido torno lo asegura,
Pues con uno le formas la herradura.
Ni detenga tu paso
La vista (aunque parece apetecible)
De un pueblo inaccesible,
De toda sociedad y bien escaso;
Do casa sobre casa fabricada,
Una en otra apoyada,
Vinculan ciertamente su caída,
Por divino presagio prevenida.
¡Desventurada gente,
Que en punto de sus dioses dividida,
Será desatendida
Su ofrenda, como culto irreverente!
Pues nunca fué aceptable ni propicio
A Dios el sacrificio
Que, en vez de unir las gentes en concordia,
Es inmortal origen de discordia.
De tanto desacato
Retira, Guadalete, tus cristales,
Antes que tantos males
Mancillen su pureza con el trato;
Y ya de confusión y horror cubierto,
Sigue derecho al puerto,
De do parten alegres los bajelos
Al grande emporio de las gentes fieles.
De aquí á muy corto trecho
Te dará el Majaceite sus cristales,
Que, aunque pobre en caudales,
Va siguiendo su curso más derecho;
Y este nuevo socorro de agua pura
Te añadirá presura
Para que, huyendo de la gente fiera,
Llegues presto á la dicha que te esperó
De amargo sentimiento
Mis lágrimas vertidas por presente
Agrego á tu corriente
Para hacer más veloz su movimiento.
Ni tu caudal, por dulce, con desvío
Desdeñe el llanto mio;
Que, aunque tiene en su origen a. argura,
La pierde en mis canales de dulzura.
Así que, enriquecido
Con tal caudal, corriendo presuroso,
Por puerto delicioso
Darás al mar tributo encarecido;

Y allí, con tus cristales confundidas,
Mis lágrimas sentidas
Podrán lograr la venturosa suerte
Que le es dada al triste que las vierte.
De Cádiz el hermoso
Besar podrán el muelle celebrado,
Donde Hércules osado
A sus conquistas puso fin glorioso.
O tal vez de furiosos vendabales
Movidos mis raudales,
Podrán (¡qué dicha!) en olas encrespadas
Asaltar sus murallas desecadas.
Y el asalto logrado,
Da, Guadalete, al mar, como es debido,
El caudal recibido,
Pues con tal condicion te fué entregado.
Mis lágrimas irán más adelante
A pagar un amante
Feudo á seno mejor que las recibía;
Que algo tiene de mar quien las motiva.
Y si en caso impropicio
No hallan en este mar buena acogida,
Juro que ya en mi vida
No alzaré en sus altares sacrificio
A la sacra deidad que en Cipro mora;
Y mi lira sonora,
En vez de los primores gaditanos,
Cantará los blasones carpetanos.

A VECINTA DESDEÑOSA (1).

CANCION.

¡Por qué tan desdeñosa
Miras, Vecinta bella,
A Delio fiel, que tu ventana aticnde?
Si de él estás quejosa,
Explica tu querella,
Y el fuego del enojo que te enciende,
Contra quien no comprende
En sí mayor pecado
Que el haberle Diana,
Con su sentencia inhumana,
A triste y dura cárcel condenado.
¡Ay! que de tu desvío
Sospecho mayor causa en daño mio.
Si fueran tus rigores
Para todos iguales,
Y eterno fuera el ceño de tu cara,
Sufriera mis dolores
Y callara mis males,
O sólo de mi suerte me quejara,
Ni el desden extrañara;
Que el haber siempre amado
A las Lices esquivas
O Dafnes fugitivas
Esta mi estrella, éste es mi hado.
¡Ay, que Vecinta hermosa
Tan sólo para Delio es rigurosal
Dando al ciclo alegría,
Alzas los bellos ojos
A Jualindo, que el alto techo mora
(¡Quién vió más claro día?),
Y luego con enojos
Los diriges á Delio sin demora
(¡Quién vió más triste hora?),
Y sólo en tu semblante,
Centro de amor y tedio,
Sin crepúsculo medio,
Se miran (¡qué prodigio!) en un instante
Juntarse en lazo raro
La triste noche con el día claro.

(1) «Te he de deber el favor de que la canción á Vecinta desdeñosa, por ningún título vaya á Cádiz, no sea que de en las manos de Mirta, y se desazone ésta, juzgando lo que no hay; pues Delio no tuvo más asunto en componerla que los ruegos de sus amigos matritenses, al ver que cierta señorita vecina sólo miraba con agrado á cierto tumbaoillas, y á los demás nos miraba con cierto desden y ceño.» (Carta autógrafa de FRAY DIEGO GONZALEZ á un íntimo amigo suyo, que se hallaba en Sevilla.—Colección del señor Marqués de Pidal.)

Si buscas ser querida,
Hallarás en mi pecho
El Cipro y Pafo, donde Vénus mora;
Si á ser aborrecida
Te inclina tu despecho,
No desprecies, Vecinta, á quien te adora;
Déjate por ahora
De ese mirar esquivo,
Y el rostro desdeñoso
Convierte en amoroso;
¡No ves que del amor el fuego activo
En el desprecio prende,
Y el soplo adverso más la llama enciende?
A la noche funesta
Sucede el claro día
Y torna á los mortales el consuelo;
La parda nube opuesta,
Que el aire entristecía,
En gruesos hilos de agua baja al suelo,
Y el ceño quita al cielo;
Y la mar, alterada
Del vendabal furioso,
Recobra su reposo;
Signe á la guerra cruel la paz amada;
Sólo eterno percibo,
Vecinta, en tu semblante el ceño esquivo.
¡Ay, Delio fementido!
Quizá porque olvidaste
De Mirta gaditana la fe pura,
Al cielo has ofendido,
Las diosas enojaste.
¡Ay, Delio, Delio! vuelve en tu corcúra;
Sufre la pena dura
A que te han condenado
Diana, enrodecida,
Y Vénus, ofendida;
Que es el morir de sed, porque has dejado
Las abundosas mares
Por la triste escasez del Manzanares.
¡Ay triste!... pero deja,
Cancion, y corta el hilo ya á la queja;
Que tras la lengua noche vino el día.
¡No viste cómo el alba se reía,
Y que Vecinta hermosa
Comienza ya á mirarte cariñosa?

ODA.

¡Por qué tan riguroso,
Político severo,
Tuerces con ceño el rostro, y ofendido,
Repites desdeñoso
Con ademán grosero
El coar de la rana desabrido,
Porque Celia, cumplido
Un lustro solamente,
Para ser educada,
Del seno es separada
Maternal, y cual victima inocente,
Llevada á la clausura,
Que tú juzgas eterna sepultura?
Eterna sepultura,
Donde en perpétuo olvido
Sus gracias yacerán; pues el estado
Del claustro por ventura
Le será persuadido;
O cuando deje el claustro, ¿qué ha logrado,
No habiéndola enseñado
La sábia economía,
Que á la mujer abona
Y la forma matrona,
A quien una familia se confía?
Difícil y útil ciencia,
Que sólo da el ejemplo y experiencia.
Y tal vez preocupada,
En nimias devociones
Coloca la esperanza de ser buena,
La carga abandonada
De sus obligaciones
Lo que la pura religion condena;
O bien se desenfrena,

Y sigue sin medida
Los mundanales gustos
Y placeres injustos,
A que por tanto tiempo fué impedida;
Cual río represado,
Que el obstáculo puesto ha derrotado.
¡Oh! cuán enormemente
De la razón te alejas,
Político, juzgando desdichada
A Celia, la inocente,
Que sin duelo ni quejas,
Del corrompido mundo separada,
Viene á ser cultivada;
Como oliva preciosa
Entre abrojos nacida,
Que de ellos dividida,
Y trasplantada á tierra deliciosa,
Paga despues tributo
Dando á su tiempo el sazonado fruto.
El fruto sazonado,
Merced de la cultura
Que en este santo asilo se propone,
Donde el primer cuidado
Es enseñar la pura
Religion, que es la regla que compone
El corazón y pone
Al apetito freno,
Y forma las matronas,
Que tú en vano blasonas,
Obra de un siglo de desorden lleno;
Que mal á otros arregla
Quien el propio interior tiene sin regla.
Maestras ilustradas,
Cual aquí se prometen,
A Celia dictarán en sus lecciones
Las acciones sagradas
Que al estado competen,
Condenando las falsas devociones
Con las supersticiones;
Y si allí persevera
Celia el tiempo bastante,
Será ejemplo constante
De que la piedad sólida y sincera
Siempre se ha conciliado
Con el bien verdadero del Estado.
Maestras permanentes,
Al sumo Bien ligadas
Con triple indisoluble ligadura,
A las tiernas clientes,
Para ser educadas,
El bien les fijarán de la cultura.
Ni la pasión impura,
Ni el interés grosero,
Ni el capricho variable
De libertad instable,
Tendrán jamás entrada en el esmero
De una sábia enseñanza,
Virtuosa, gratuita y sin mudanza.
Aquí halla la nobleza
Ventajosa acogida
A costa de un dispendio moderado,
Y la humilde pobreza,
Con amor recibida,
Es también educada con agrado.
Aquí logra el Estado
Seminario profundo
De maestras formadas,
Que despues separadas,
Esparcirán la fama por el mundo,
De un establecimiento,
Gloria de nuestro siglo y ornamento.

TERCETOS.

Delio, en la granja, da á entender á Mirta la preferencia que de ella hace respecto de Peria, bajo la metáfora de dos olivos.

En la amorosa estancia donde vivo,
De todo humano trato retirado,
Planté no há mucho tiempo un tierno olivo,
Puse en él mi afición y mi cuidado;
Dos veces le regaba cada día,

Y alguna vez estando recostado
A su pié, de mis ojos le añadía
El riego de un extraño sentimiento.
Mi cuidado y cultivo agradecía,
Y lo mostraba el prodigioso aumento,
Y como en tierra fértil y amorosa
Echó raíz profunda, esparció al viento
La hermosísima rama en pompa airosa;
Y yo, para que más prevaleciera,
Con mano diligente y cuidadosa
Del contorno arranqué cuanto pudiera
Impedir el aumento prodigioso;
Y con esto ha arraigado de manera,
Que aunque es árbol crecido y muy pomposo,
No ha podido arrancarle de mi estancia
El vendabal más terco y más furioso.
Del fruto que me da con abundancia,
Con sus hojas y flores aprensado,
Un bálsamo saqué de tal fragancia
Y virtud, que á mis llagas aplicado
(Aunque yo mortalmente estaba herido),
De todas las heridas he sanado.
Y otro olivo que, estando yo dormido,
Maro cerca de allí plantado había,
Por más que su crianza ha promovido,
Y le regó abundante cada día,
Jamás se vió crecido ni frondoso;
Y al ver que el otro más prevalecía,
Y á mí de que medrase cuidadoso,
Se ha ido marchitando lentamente,
Hasta que se ha secado, de envidioso.

EL TRIUNFO DE MANZANARES.

CANCION (1).

Precioso Manzanares,
Que entre arenas caminas, lento el paso,
Cuanto en agnas escaso,
Tan rico en virtudes singulares;
Dote que fué debido justamente
A tu estrecha corriente;
Que nunca en lo crecido y abundoso
Cifró naturaleza lo precioso.
A tí mi dulce acento
Se consagra esta vez; y si me es dada
La lira celebrada
De los Lesbios, tu nombre daré al viento,
Y el triunfo por tu medio conseguido,
Si fuere permitido
De los cisnes que pisan tus arenas,
De cuya grande fama al mundo llenas.
A tu márgen se dignan
Congregarse los dioses celestiales
Cuando de los mortales
Los negocios más graves determinan.
Por eso gracias mil te concedieron,
Y cuna te eligieron
De claros, poderosos, altos reyes,
Que en dos mundos dominan y dan leyes.
De tí, el muy extendido
Gnadiana; de tí, el Ebro deleitoso
Y el Bétis abundoso,
El hondo Duero, el Tajo abastecido,
Y cuantos rios cortan en porciones
Las hesperias regiones;
De tí uno reciben sus raudales,
Leyes y direccion, si no caudales.
Por tí el apresurado
Genil al Bétis sigue en derechura,
Y lleva el agua pura
Cual en su blanco origen se le ha dado.
Por tí es libre del Tiber turbulento,
Que con dañoso intento
Le quiso amancillar, y juntamente

(1) «Quisiera estar más desocupado de lo que me hallo, para enviarte una copia de la canción titulada *El Triunfo del Manzanares*, que un tal *Deho* compuso con ocasión del decreto últimamente ganado en el Consejo contra otro que vino del Tiber sobre «la Bética monástica», como tú sabes muy bien.» (Carta autógrafa de FRAY DIEGO GONZALEZ al padre Miras. Tórmes, Febrero 13 de 1776.)

Dar un extraño rumbo á su corriente.
Del Tiber, avezado
A hacer temer á todas las naciones
Con sus inundaciones,
De Pirra el siglo á Roma amenazado.
¡Ay, cuán entumecido y orgulloso,
Y su impetu furioso!
¡Ay, cuántas bellas tierras dejó aisladas,
De nuestro amado suelo separadas!
Del Tiber, que intentaba
Abolir las memorias aplaudidas,
A real nombre erigidas,
Que la bética gente veneraba;
Y el templo virginal invadir luégo
De la diosa del fuego;
Presidente, con cruel decreto airado
Del soberano Jove, no aprobado.
¡Ay, cuánta desventura
A la bética gente aconteciera,
Si Jove permitiera
Cumplir del crudo Tiber la ley dura!
¡Cuántos males sufrieran, cuántos daños
Pastores y rebaños!
Todo fuera trastorno y falta de orden,
Extraña confusión, ciego desorden.
Sobre el olmo pomposo,
Do sola la paloma asiento hiciera,
El torpe pez se viera,
Y como pez el gamo pavoroso
Suscára (confundida la natura)
La cristalina anchura,
Y llevara Proteo sus ganados
A los ásperos montes nunca hollados.
¡A cuál dios invocara
La confusa provincia, que á su ruina
Con presura camina?
¡Ay, y cuán vanamente fatigará
El coro femeníl de las vestales,
Con himnos virginales,
De la dormida diosa las orejas,
Negadas á sus cánticos y quejas!
¡A quién cometería
Júpiter soberano el rayo ardiente,
Que á la afligida gente
Vengase de maldad y alevosía?
A tí fué dado, Manzanares bello,
El poder contenello;
Y el buen Genil hallar pudo en tí solo
Marte, Vénus, Amor, Mercurio, Apolo.
Así los otros rios
Tanta parte te den de sus caudales,
Que sobre tus cristales
Crucen la Carpetania los navios,
Como yo extenderé con mis canciones
Por todas las naciones
Tu nombre y fama, siempre agradecido
Al triunfo por tu mano conseguido.
Y tú, Genil dichoso,
Sigue al Bétis, y anima, de pasada,
La gente desmayada
Del habido temor, y victorioso
Vé cantando tu triunfo dulcemente,
Diciendo alegremente:
«No temais; libres sois de tantos males.»
Y da nueva presura á tus raudales,
A quien no detuvieron
Ni las amenas selvas, ni los prados,
De flores mil sembrados,
Ni su curso los hielos suspendieron,
Ni sus raudales azotaron
Las ovas, ni escucharon
De las ranas el canto desabrido,
Ni rayon ni espadaña allí se vido.
Sigue, pues, con presura
Por do la sábia mano te condujo
Con poderoso influjo
Y santas leyes, llenas de cordura;
Hasta que, al verte raudo y victorioso,
El Bétis amoroso,
Extendiendo los brazos luengamente,
En su seno reciba tu corriente
Y luégo sosegando

La presura, los brazos paternales
Tus hermosos cristales
Hacia el mar gaditano irán llevando
Por terrenos fecundos, deliciosos,
Y á los pueblos hermosos
Que en la apacible orilla fueres viendo,
La nueva de tu triunfo vé esparciendo.
¡Ay! guarde que el encanto
De márgen sevillana lisonjera
Detenga tu carrera;
Ni quieras escuchar el dulce canto
De las ninfas que forman mil cuadrillas,
Y en las frescas orillas
Hieren la blanda arena, que, aunque ufanas
Son envidiosas de las gaditanas.
Antes, cual sabio griego,
Tus oídos atapa prontamente,
Y á paso diligente
La lucarina playa ocupa luégo,
Y sin temer escollos peligrosos,
Entra en los abundosos
Y dilatados mares, ya vecinos,
Llenos de mil veleros ricos pinos.
Y luégo hacia Levante
Dobla la larga punta aguda y fiera
Del Can, do pereciera
Mil veces el incanto navegante,
Y descubre el emporio gaditano,
Y corre luégo ufano
A besar sus orillas reverente
Y saludar la hermosa y dulce gente.
Y si entre los millares
De ninfas, de hermosura y gracia llenas,
Que pisan sus arenas,
A la fiel y divina Mirta hallares
(Que ignorar no podrás aún entre tantas),
Besa sus bellas plantas,
Y dile de mi amor cuanto tú puedas,
Con que añadas que siempre corto quedas.
Dile que en la ribera
Del apacible Tórmes argentado
Apasta su ganado
El triste Delio, cuya suerte fiera
(Quizá por apagar su llama ardiente)
Lo tiene de ella ausente;
Pero antes será el mundo piezas hecho
Que falte Mirta bella de su pecho.
Dile que noche y día,
Con pastoril zampoña ó dulce avena,
Por divertir la pena,
El nombre de su Mirta al cielo envía,
Y olvidan sus ovejas los pastores
Por oír sus loores,
Y el pecho alzó tal vez del ancho asiento
El padre Tórmes, y atendió á su acento.
Dile que en la delgada
Arenas, nunca hollado de la gente,
Graba continuamente
El dulce nombre de su Mirta amada,
Y crece y sube con el olmo alzado,
Y que siempre empleado
En formar de sus prendas larga historia,
Hará eterna de Mirta la memoria.

CÁDIZ TRANSFORMADO,
Y DICHAS SOÑADAS DEL PASTOR DELIO
CANCION.

Desde que vivo ausente
De la bella ciudad que fué la gloria
Donde hizo eterno asiento mi deseo,
Me está continuamente
Afligiendo de día su memoria,
Y de noche me sirve de recreo;
Y aunque en sueños no creo,
Por ser regularmente necedades,
Tal vez fueron misterios y verdades,
Y he de contar con verso mesurado
Las dichas que he soñado
En una noche fría,
Y era soñar el ciego que veía.

I, Ps.-XVIII,

Soñé (como transforma
El sueño las ideas á su grado)
Que no era Cádiz lo que se pensaba,
Sino de humana forma
Una pastora, que de mi ganado
Los cándidos corderos apastaba,
Y Mirta se llamaba,
Llena de honestidad y de hermosura,
Centro de discreción y de fe pura,
Y yo gozaba en suerte venturosa
De su vista graciosa
Las veces que quería;
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que transformado
Cádiz en Mirta bella, así me habla:
«¿Con que, presto del Tajo á la ribera
Trasladás el ganado?
¡Triste la que nació misera esclava!
Cierto puedes estar que si pudiera,
Con gusto te signiera,
Hasta dejar los abundosos mares
Por la triste escasez del Manzanares;
Pero el alma, que es libre, irá contigo,
O quedará conmigo
La tuya en compañía.»
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que amarizadas
Mis ovejas dejaba en la espesura,
Y á la playa me fui, sin curar de ellas,
Y noté unas pisadas
Bien estampadas en la arena pura,
Que juzgué ser de Mirta por lo bellas;
Siguiendo fui las huellas,
Y vi que con el dedo había formado
En la arena este indicio de su agrado:
«Quien me sigue será correspondido;
Delio lo ha conseguido.»
Y Mirta lo escribía;
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que mis zagales
Me dieron una nueva lastimosa
De Cádiz; y yo en llanto me anegaba,
Llorando tantos males,
Y al punto llegó Mirta, presurosa,
Y vi que con un lienzo que tomaba
El llanto me enjugaba,
Y aplicando la mano al casto pecho,
«Vive, pastor (me dice), satisfecho,
Que en Cádiz vivirás eternamente.»
Y yo muy ciertamente
Mi ventura creía;
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que Mirta bella
Me miraba, y decía con agrado:
«¿Por qué pasas, pastor, la vida triste?
Ya cesó mi querrela;
Ya sé que tu caudal has retirado
Del banco genoves, donde perdiste
En lo que allí impusiste;
Y todo por entero lo empleaste
En nuestro Cádiz fiel, donde lograste
Tener inmenso lucro y muy seguro;
Yo, Mirta, te lo juro
Por toda la fe mía.»
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que el mar furioso
Había sumergido una isletilla,
Do Mirta estaba entonces (¡dura estrella!),
Y estando yo lloroso,
Sintiendo tal desgracia, en una orilla,
Vi en las aguas formar su imagen bella;
Iba á arrojarme á ella.
Mirta, que estaba atras, sin yo sabello,
Los brazos dulcemente me echa al cuello,
Diciendo: «No te pierdas por hallarme,
Si quieres agradarme,
Pues vivo todavía.»
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que se acercaban
Unas abejas á los labios bellos
De Mirta, que dormía, que en lo rojo,
Bella rosa juzgaban;

Yo, incauto, al espantarlas, toqué en ellos;
Mirta, sobresaltada, abrió los ojos;
Yo temí sus enojos;
Mas vi que me miraba complaciente,
Y moviendo los labios dulcemente,
La miel que las abejas no lograron,
En mí la destilaron
Con lo que me decía;
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que, embebecido
En un mapa que Arsenio me había dado,
Miraba yo de Cádiz la belleza,
Y Mirta, que lo vido
(Juzgándolo de Génova traslado),
Le tomó de mis manos con fiereza
Y habló con aspereza;
Mas luego, vuelta un poco en la cordura,
Viendo su engaño, dijo con ternura:
«No dudaré, pastor, eternamente
De tu pecho inocente,
Ni tú de la fe mía.»
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que, el diestro codo
Puesto en el verde prado, Mirta bella
Sobre la blanca mano reclinaba
El rostro, y de este modo
Conmigo conversaba cariñosa.
Vi que la vista al cielo levantaba
Y que me preguntaba:
«¿Qué trecho habrá desde la tierra al cielo,
Pastor?» Y yo la dije sin recelo:
«Medido de tu mano diestramente,
Un codo solamente»;
Y ella se complacía;
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que divertido
Estaba yo á deshoras de la noche,
Formando una canción á mi pastora.
Sentí á mi puerta un ruido,
Como si allí parado hubiera un coche,
Y luego se me dijo en voz sonora:
«Delio, llegó la hora
De que dejes las selvas y el ganado,
Pues no eres para rústico formado;
Vén, que en Cádiz te espera ansiosamente
Con quien eternamente
Gozarás de tu día.»
Y era soñar el ciego que veía.
Yo, de mi dicha cierto,
Dejo el lecho, dormido, apresurado,
Y destinando, ruedo la escalera,
Y en el portal despierto,
Bañado el rostro en sangre y maltratado;
Y vi que en esta ventura (¡ah suerte fiera!)
Imposible me era,
Pues vi que aún subsistía irrevocable
De Diana el decreto formidable;
Y aunque quedé del sueño mal herido,
Más que del, ofendido
De la verdad, con ceño
Miré la vida, y con placer el sueño.
Cancion, vé á Mirta, y di de parte mía
Que si de mí verdad y amor dudaba,
Sepa que si soñaba
El ciego que veía,
Era sólo soñar lo que quería,

A MELISA.

CANCION.

Andando yo cazando,
Vi una blanca paloma, que batía
Las alas con extraño movimiento,
Y luego fui notando
Que por línea derecha descendía
Hacia la boca de un dragon hambriento,
El cual con torpe aliento
Había su vigor entorpecido,
Y hacia sí la traía sin sentido,
Con tal dulzura y suavidad tan rara,

Que si yo no llegara
Tan oportunamente,
Fuera despojo de su crudo diente.
Compadecido de ella,
Disparé mi arcabuz, y dividida
La columna de aliento que mediaba,
Cayó á mis pies la bella
Paloma, si no muerta, atontecida.
Yo la puse en mi pecho y fomentaba,
Por ver si en sí tornaba;
Mas ella, apenas se hubo recobrado,
Después de haberme el corazon robado,
Hacia la fiera boca alzó su vuelo,
Y con tanto desvelo
Por ella se ha metido
Como pudiera por su amado nido.
Estando en mi majada,
Entregados al sueño los mastines,
Vi que un lobo sagaz acometía
A una cordera amada,
Que estaba del rebaño en los confines;
Yo, que más que á las otras la quería,
Tras el lobo, que huía
Con el robo, siguiendo fui con priesa,
Y del hambriento diente hurté la presa,
Pero tan maltratada, que mirando
La sangre amancillando
Del vellón la blancura,
Me llenó las entrañas de ternura.
Con bálsamo oloroso
Sus heridas curé, compadecido,
Y desde entonces mucho más la amaba,
Mas, ¡caso prodigioso!
Apenas hubo bien convaltecido,
Volvió el lobo fatal, que la buscaba,
Y el ganado acechaba,
Y luego que lo vido la cordera,
De mis brazos saltó, ¡quién lo creyera!
Y fué siguiendo en pos del lobo hambriento
Con balido y lamento,
Y tan apresurada
Como pudiera tras su madre amada,
Viniendo de camino,
Vi un cazador astuto que tenía
En redes varias aves encerradas,
Cuyo arte peregrino
Con fingido reclamo las traía,
Y á un engañoso cebo aficionadas,
Del daño no avisadas,
Se entraban en las redes con anhelo,
Pensando hallar su paz y su consuelo;
Vi entre ellas una tórtola tan bella,
Que, enamorado de ella,
Deseando lograrla,
Di todo mi caudal por rescatarla.
Llévemela en el pecho
A mi aldea, que cerca de allí estaba,
Y yo la regalaba con cuidado,
Y estando satisfecho
De que ella mis halagos estimaba,
Luego que ya me vido confiado,
Con vuelo acelerado
Caminó hacia la red en derechura,
Y en ella volvió á entrarse sin cordura.
Yo en vano fui á cobrarla presuroso,
Porque al hombre alevoso,
Por más que le decía,
No pude persuadirle que era mía.
Melisa, si entendieras
Lo que quieren decir estas visiones,
No fuera quien las vió tan desdichado;
Entonces conocieras
Las astucias, engaños y traiciones
De que Delio prudente te ha librado,
Y hubieras estimado
Su mucha diligencia y mucho celo;
Pero al fin la verdad quitará el velo
Al engaño, y verás que aquel amante,
A quien pagas constante
De tu amor el tributo,
Es dragon, lobo y cazador astuto,

A LISENO (1).

ODA.

¡Por qué te das tormento,
Liseno, si te da el cielo santo
El mirar el portento
Que al Tajo pone espanto
Y á sus labios renueva el sabio canto?
Dichoso y bienhadado
Quien logra ver de Lisi la luz pura,
Do con modo no usado
La gran madre natura
Cifró el númen, la gracia y la hermosura.
Ver el rostro halagüeño
Donde mora el agrado de continuo,
Y nunca el negro ceño
Ni otro vapor malino
Alteró lo sereno y cristalino;
Y aquel hablar sabroso,
Entre carmin y perlas fabricado,
Correr cual el precioso
Randal recién formado,
Sobre las puras guijas deslizado.
¡Oh! no ya ingrato al cielo,
Torna, oh caro Liseno, en tu cordura;
Recobra tu consuelo,
Y deja la tristura
Al malhadado Delio y sin ventura.
¡Ay! si entre tantos males,
Me fuese, como á ti te es, concedido
El ver los divinales
Ojos donde Cupido
Reina, más fuerte que su madre en Gnido;
Dejando mi ganado
Del Tórmes argentado en la ribera,
De el dulce bien llevado,
Por do quiera que fuera,
Como la sombra al cuerpo, la siguiera.
O ya por la espesura
Al ciervo con saeta fatigara,
O ya en la margen pura
Del Tajo se sentara,
Y su voz en las aguas resonara.
Del canto suspendido,
Viviera de mis daños olvidado,
Puesto el atento oído
Al són de dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

TRADUCCION DEL SALMO VIII.

¡Cuán grande y admirable,
Oh Señor, en quien nuestro bien se encierra,
Es tu nombre adorable
En todo cuanto cierra
La redondez inmensa de la tierra!
Pues la magnificencia
Que en tus excelsas obras se ha mostrado,
En poderío y ciencia
Así ha sobrepujado,
Que más que el alto cielo se ha elevado.
Sacaste tu alabanza
De infantil boca, que aún enjuga el pecho;
La enemiga alianza
Confundida, y deshecho
El odio vengador y su despecho.
Que si los cielos miro,
Esmero de tu mano omnipotente,
Y el desvelado giro
De la luna luciente,
Y de estrellas el coro refulgente,
Luego digo, admirado:
¿Qué es el hombre, que tanto le encarece
Tu amor, ó el engendrado
Del hombre, que mil veces
Con tu visitacion le favoreces?
Poco menos le hiciste

(1) Su amigo, el padre Fernandez.

Que el ángel, y de honor le coronaste
Y gloria, y le pusiste,
Luego que le formaste,
Sobre todas las cosas que criaste.
Y todo sometido
Lo dejaste á sus pies y á su mandado;
El rebaño vestido
De lana, el buey pausado,
Y cuanto paze yerba en monte ó prado;
Y las ligeras aves,
Que alzan el vuelo á la region vacía,
Y los pescados graves,
Que cruzan á porfía
Las sendas de la mar salada y fria.
¡Cuán grande y admirable,
Oh Señor, en quien nuestro bien se encierra,
Es tu nombre adorable
En todo cuanto cierra
La redondez inmensa de la tierra!
Al Padre poderoso,
Al Hijo sin fin sabio, y al supremo
Espiritu amoroso
Se dé el honor eterno
Ahora y siempre y por siglo sempiterno.
Amén.

TRADUCCION DEL SALMO X.

¡Para qué me decis (si en Dios confío):
«¿Sús, corre, aguija, vuela, y como el ave
Traspasa el monte y la encumbrada sierra?
¿No ves los muchos que con pecho impio
Aparejan el arco duro y grave
Aljaba, que saetas mil encierra,
Para herir en oculto al inocente?
¿No ves que han derrocado
Al suelo prestamente
Cuanto tú en luengo tiempo has fabricado?»
Mas ¿qué hice yo, enitudo?
Ni ¿de quién temeré, si desde el cielo,
El Señor, que en su santo templo mora,
Sentado como juez, mira piadoso
La causa de los pobres y su duelo,
Y de los hombres la conciencia explora
Con juicio riguroso,
Y pregunta imparcial á cada uno,
Al justo y al impio de consuno?
Que el que ama la maldad, aborrecida
Tiene á su misma alma; y Dios, airado,
Lloverá los peligros por do quiera
Sobre los pecadores; su bebida,
A los malos, y suerte postrimera
Serán fuego y azufre, y al airado
Viento tempestuoso corrompido;
Porque es justo el Señor, y siempre amante
De la justicia ha sido,
Y á la equidad miró de buen semblante.

TRADUCCION DEL HIMNO VENI, CREATOR.

Vén, Criador Espiritu amoroso,
Vén y visita el alma, que á tí clama,
Y con tu soberana gracia inflama
Los pechos que criaste poderoso.
Tú, que abogado fiel eres llamado,
Del Altísimo don, perenne fuente
De vida eterna, caridad ferviente,
Espiritual unción, fuego sagrado;
Tú te infundes al alma en siete dones,
Fiel promesa del Padre soberano;
Tú eres el dedo de su diestra mano,
Tú nos dictas palabras y razones.
Ilustra con tu luz nuestros sentidos,
Del corazon ahuyenta la tibieza;
Haznos vencer la corporal flaqueza,
Con tu eterna virtud fortalecidos.
Por tí, nuestro enemigo desterrado,
Gocemos de paz santa duradera;
Y siendo nuestra guía en la carrera,
Todo daño evitemos y pecado,